

María Epifanía: tragicomedia de soledades

Sonia Enríquez



Cía. Actores con autor, Teatro R. Usigli, SOGEM. Foto: Aureliano Amezcua.

María Epifanía: tragicomedia que plasma aquella estrofa agorera laudada dos siglos ha, a honras de la nueva nación mexicana: “que en el cielo tu eterno destino por el dedo de Dios se escribió”.

De este modo, la joven y ya no tan joven Patria se desangraba, en medio del saqueo de la plata, sin principios ni final. Así lo vaticina Bocanegra, el autor de nuestro Himno Nacional en su letra.

Y Actopan, un pequeño pueblo del actual Estado de Hidalgo, se ofrece como escenario de esta historia que es espejismo de la Nación toda.

La noche, las ceras, el pulque y un velorio brindan la ocasión para traer a cuentas algunas vidas que permean la hiel de la discriminación, de la impunidad.

Y también, por qué no, para refrescarnos con el néctar de los magueyales, la memoria de aquellas sagas insurgentes, cuando México se animó a independizarse.

En la presentación de *María Epifania*, Juan Tovar apunta: “Son los tiempos de las batallas de Morelos y de Rayón, los que laten en este hecho de sangre que congrega a los personajes en torno a la víctima”.

Sin embargo, al hablar del pasado, cuestionamos nuestro presente. *María Epifania* presenta la historia de una india, a quien su marido Arnulfo un buen día así nomás, a puros golpes la mató. Nos pone a pensar también sobre la evolución o involución social durante dos centurias.

Los teatros donde esta tragicomedia se ha presentado han sido el Rodolfo Usigli, de la Sociedad General de Escritores de México, el Teatro del Centro Cultural la Libertad, en Apizaco, Tlaxcala y el Teatro Centenario, del Municipio de Nicolás Romero, en el Estado de México.

La temporada en el Teatro Usigli ha fundamentado esta puesta en escena, con su foro isabelino, donde los personajes entran y salen de la pulquería de doña Altagracia, subiendo y bajando pequeñas escalinatas. Ellos son la imagen de los campesinos mexicanos, porque su andar no es fácil, y más cuando se camina en suelo disparejo.

La pulquería de doña Altagracia, como las pulquerías de Actopan aún en nuestros tiempos, es un jacal humilde. Estilizado escenográficamente en el nivel superior, se ornamenta con papel picado de colores brillantes; en el nivel medio, un solo tinacal guarda el preciado líquido que descansa sobre una pequeña mesa de madera; jícaras para beber (así era la costumbre), tres bancos de madera y en el nivel inferior, el piso cubierto por aserrín. Los arcos del área de las butacas en el Usigli también se adornan con el colorido de las tiras de papel picado. Al centro de la escena, el cadáver petateado de la india María Epifania; a su alrededor algunas luces. Son las velas de sebo que se consumen mientras pasa la noche, en tanto la vida de los personajes se va, apurando a sorbos su café y a tragos su pulque.

El velorio de la india Epifania refleja la costumbre mexicana que prevalece al paso de los años: frente al difunto, se platican episodios de su vida, heroicos y antiheroicos, el alcohol se mezcla con el café¹, el dolor con las risas y los chistes colorados². Pero en el caso de esta india, no hay proe-

za alguna. Ella malamente vendía sombreros en la pulquería que recibe su cuerpo, antes de encaminarla al camposanto.

Altagracia: En esta inmunda pulquería habías de ser velada. Pero ésta es tu casa, aquí nunca faltabas.

Trascender el texto como autora e interpretarlo en la dirección escénica, fue el camino para subrayar dos atmósferas sobre las que descansa la representación: el contrastante entre: eros y thanatos. Integramos así al Grupo Actores con Autor y al grupo musical Zacatuche³. Altagracia y Amparo, la mujer sola, alimentan la atmósfera tanática. Por única ocasión en sus vidas se cuentan la una a la otra su historia más personal. El sabor a soledad, abandono y el temor al cambio social se ven reforzados por los silencios que a veces se ofrecen, como el mejor comentario. Esto alienta el ritmo actoral en la puesta en escena de *María Epifania*. Lo más difícil ha sido mantener en tono a los actores cuyos personajes tienen una carga trágica, y no dejarse absorber por los personajes de tono cómico. Así se ha creado el ritmo apropiado a la tragicomedia.



Amparo ante el cadáver de María Epifania.
Foto: Aureliano Amezcua.

Ambas atmósferas fluyen simultáneamente durante gran parte de la noche, desde el crepúsculo hasta el amanecer. El rezo susurrante de la dueña de la pulquería y Amparo en un extremo del escenario es una constante. En el otro extremo fluye contrastante la atmósfera erótica: arengas anti-insurgentes, los chistes y escarnios del carcelero, cuya sed voraz, le inspira la ocurrencia de llevar al velorio al mismo asesino en persona, que es su prisionero, el “condenado a muerte”, “el nuevo viudo”.

Nemesio lleva amarrado al indio Arnulfo por los caminos de Actopan, hasta llegar al póstumo rosario en la pulquería: “Para que no digan que aquí en Actopan, no sabemos impartir justicia.

Y para que no digan un día sobre mi sepulcro, que Nemesio el carcelero no tuvo madre, que Nemesio el carcelero, no tuvo corazón”.

La cuerda juega un papel importante en el desarrollo de la representación. Es la imagen de la degradación social, la desgracia del indio Arnulfo,

